

Ágata y la leyenda de los gatos

Cinthia Méndez



Ágata y la leyenda de los gatos

Cinthia Méndez

Capítulo 1

Ágata y la leyenda de los gatos

En esa deliberada tarde de noviembre en que mi abuelo Ernesto, haciendo una corta pausa en su "tan planificada" gira por el mundo (su último gran sueño a cumplir antes de morir) me visitó por mi cumpleaños número 14 y me entregó en mis manos el obsequio más encantador de todos. Uno de esos, que desde el primer vistazo se te prensa al alma como una garrapata y no imaginas todavía cuánto llegarás a amar, hasta que, sin previo aviso, la vida te lo arranque y entonces... solo entonces, cuando sientas ese ácido y hueco vacío en tu corazón, tan grande como la luna, entrarás en conciencia pura de que no estás dispuesto a vivir sin él. Podrías, pero sabes que no serás capaz de aceptarlo nunca, solo porque sí.

Esa fue la primera vez que vi la representación de la ternura misma encarnada en su carismática y peluda carita. Mi queridísima gatita siamés, Ágata. La que vino a sosegar la soledad de ser hija única y me enseñó cuán grande es la satisfacción de recibir de vuelta el amor que se da sin reservas.

—Es un ejemplar hembra, la escogí así para que sea tu amiga —me dijo.

—Muchas Gracias, abuelito. ¡Es tan hermosa y elegante!

—Querida Emma, los gatos son elegantes, pero también muy inteligentes; entienden más de lo que creemos —me advirtió, pero no le presté atención porque me había sumergido en la hipnosis creada por su cautivadora mirada.

Su apariencia maciza y dominante contrastaba con su espontánea personalidad dócil y cariñosa con la cual me recibía cada vez que regresaba a casa del colegio. Al solo cruzar el umbral de la puerta la veía venir corriendo a mis brazos. Me demostraba cuán ansiosa esperaba mi regreso acurrucándose en mi regazo, dejándome sentir la sedosidad de su deslumbrante cabello en la piel. Lo nuestro fue amor a primera vista.

Por lamentable, que suene, mi historia, mi abuelo partió de este mundo a pocos días de culminar su proyecto. Él siempre tuvo tanta razón en lo que decía y lucidez en lo que hacía, que solo puedo estarle agradecida por preocuparse por mi hasta el último instante. Supo programar el momento exacto en el que debía regalarme a Ágata. Ya no me sentía sola, eso era cierto, pero no supo predecir que, sin él, mi corazón cargaría un vacío que, de manera constante y punzante, me recordaría con tanto dolor su ausencia.

El proceso para repatriar su cuerpo fue más largo de lo que mi mamá y sus hermanas hubiesen deseado. Después de presentar la solicitud ante el consulado de Rabat en Marruecos, se les hizo saber que primero la funeraria local les solicitaba (como requisito para repatriar a mi abuelo) el pago del proceso de preparación del cuerpo, un ataúd de metal más los costos del transporte internacional, junto con sus correspondientes impuestos y, sumado a eso, enviar vía FedEx, lo más pronto posible, el acta de defunción original, traducida, autenticada y apostillada, más tres copias legibles de la misma. Fue todo un protocolo.

El problema para mi familia, por suerte, no era el dinero, pero sí el tiempo que transcurría a pasos de tortuga. Las dos hermanas mayores de mi mamá se habían mudado a nuestra casa al enterarse de la noticia. La tristeza de "todos" contenida en un solo lugar había vuelto el cálido ambiente de nuestro hogar, pesado y melancólico.

Un par de noches las escuché renegar sobre lo terco que era mi abuelo. Entre reproches y cargos de consciencia, murmuraban sobre cuántas veces le habían advertido que ya no estaba en edad para esa vida nómada que había escogido y que les resentía que le dedicaba poco tiempo a su familia. Además, por si fuera poco, mi tía, la mayor de las tres, aseguró que desde que había fallecido la abuela, se había terminado de descarría como un adolescente. Yo creo que mi abuelo la extrañaba, pero quizá, quería sobrellevar su duelo a solas. Cada quien lleva el luto como puede.

Cuando por fin nos entregaron su cuerpo, se le realizó un funeral a su altura, con una presentación honorífica de armas realizada por sus excompañeros del ejército y se le dio cristiana sepultura. Por fin la agotadora espera había terminado. Ya podíamos también nosotros descansar. Mis tías, inmediatamente al finalizar el sepelio, se despidieron

y tomaron un Uber al aeropuerto para regresar a Canadá. Mis padres y yo, volvimos a casa. Subí a mi habitación, me acosté en mi cama y me dormí. La tristeza seguía presente en el ambiente, pero al menos ya sentíamos paz.

Al día siguiente, al abrir los ojos, noté que Ágata no estaba. Por lo general, la encontraba echada a mi lado en las mañanas. Me levanté y fui a buscarla a su casita al pie del clóset, pero tampoco estaba ahí y caí en cuenta de que, entre tantas vueltas con el funeral de mi abuelo, no recordaba con exactitud cuándo habría sido la última vez que la había visto. Bajé de inmediato a la cocina y ahí estaban mis papás tomando el desayuno. Les pregunté:

—¿Han visto Ágata?

A lo que ambos me respondieron que no.

—Debe haber salido a pasear por el vecindario. No te preocupes —me animó mi papá —Los gatos suelen ser independientes y siempre vuelven a casa por sí solos.

—Así es —lo secundó mi mamá —Ahora lo importante es que te sientes con nosotros a desayunar. Con tanto ajeteo comimos muy mal estos días.

Les hice caso. Me senté a comer con la esperanza de que más tarde Ágata apareciera por algún rincón de la casa, pero no fue así, por lo que decidí salir a buscarla.

Fui al parque que queda a una cuadra de nuestro hogar, asumiendo que como era la primera vez que salía de casa sola, no podría haber ido muy lejos. Sin embargo, por más que la llamé, no aparecía por ninguna parte. También pregunté a los vecinos cercanos y ni uno solo de ellos la había visto. Regresé a casa preocupada. No dormí en toda la noche esperando a que regresara. Apenas alumbró el sol por la ventana, salí de nuevo a buscarla.

Al sexto día de repetir esta misma rutina la idea de que, quizá, había ido más lejos y se había extraviado sin poder recordar el camino de regreso, se apoderó de mí. Así que al séptimo día, decidí ir a los vecindarios cercanos a buscarla, pero todo mi esfuerzo parecía inútil. Por más que la busqué, la llamé y le mostré su fotografía a cuanta persona me encontré por la calle, no pude encontrarla.

Después de todo un día de ferviente búsqueda, sentí mucha hambre, por lo que entré en una tienda de conveniencia y compré un emparedado de esos empacados al vacío, parecidos a los que te dan en algunos aviones durante los vuelos y un chocolate caliente, porque afuera ya empezaba a soplar el seco viento del invierno. Mi intención era comerlos de regreso a casa.

Al salir de la tienda alguien me llamó.

—¡Hey! ¡Niña! —giré la cabeza a mi izquierda y vi que era un vagabundo quien me llamaba del otro lado de la calle. Como mi vecindario quedaba en la dirección contraria, preferí ignorarlo y seguí mi camino.

—¡Niña! ¿Se te ha perdido algo? —insistió captando toda mi atención. No pude evitarlo, me volví hacia él y fui hasta donde estaba.

—Sí Señor —le dije con sinceridad —Se me ha perdido mi gata desde hace una semana y por más que la busco y la llamo, no la encuentro. ¿Usted no la ha visto por aquí? es una gatita siamés. Se llama Ágata. Su nombre está escrito en la medallita que cuelga de su collar.

—No la he visto, pero si me regalas lo que compraste en esa tienda, te contaré cómo puedes encontrarla.

No es que fuera ingenua, pero acababa de perder a mi abuelo y no podía aceptar la idea de perderla a ella, también. Así que acepté el trato y le di mi comida.

—Bien, señor. Lo escucho.

Él sonrió. Lo noté aún por encima de su tupida barba blanca como el algodón. A pesar de ser un vagabundo, la dulzura que iluminaba su mirada me transmitía una paz inexplicable. Seguía siendo un extraño,

pero su compañía no me causaba temor.

—Antes de convertirme en vagabundo, fui un hombre muy rico y respetable, pero gasté toda mi fortuna viajando de aquí para allá. Atesoré muchas vivencias y construir muchos recuerdos maravillosos. Sin embargo, para cuando me di cuenta, de que en ninguno de ellos aparecían los rostros de mi esposa y mis hijas, ya era tarde. Los comencé a frecuentarlos de vez en cuando pero ya no me sentía parte de sus vidas. Los dejé solos por mucho tiempo y se acostumbraron a vivir sin mi.

—Eso es muy triste, de verdad, señor. Pero necesito que me diga cómo puedo encontrar a mi gata.

—En uno de mis viajes —recordó el vagabundo —Visité un templo budista en Japón y un monje me contó una de las leyendas urbanas más famosas de ese precioso país. Según se cuenta desde la época de sus ancestros, cuando pierdes a un gato mientras lo buscas, si en el camino te encuentras con otros gatos, sin ninguna pena debes decirle:

—Si ves a mi gato (le dices su nombre) puedes decirle que lo extraño mucho y que quiero que vuelva a casa, por favor. Te lo agradecería mucho.

Los japoneses aseguran que si alguno de estos gatos se cruza con el tuyo, le darán tu mensaje y tu mascota volverá a casa.

Mis expectativas habían sido muy altas sobre aquel viejo vagabundo.

—Bueno. Gracias señor, por la historia. Buenas noches —pero de igual forma le agradecí por su intento de ayudarme. Me di la media vuelta para cruzar la calle y regresar a mi casa.

—...querida Emma...

Lo escuché decir y sentí que se me detuvo el corazón. Mi cuerpo comenzó a tirar del frío.

—...Los gatos son elegantes...

Prosiguió y unas cuantas lágrimas se me escaparon de los ojos.

—...Pero también son muy inteligentes y entienden más de lo que

creemos...

Reconocí las sabias palabras de mi abuelito en él y me di la vuelta de inmediato para verlo, pero ya no estaba más. El vagabundo había desaparecido. Su edad y el estado de su cuerpo nunca le hubieran permitido correr tan rápido como para esfumarse en tan corto tiempo. Sabía qué de una u otra forma, él había venido a ayudarme y sin poder explicar cómo, la certeza de que iba a volver a ver a mi amada Ágata me devolvió la esperanza que había perdido. Estaba completamente segura de que esta vez sí iba a regresar. Me limpié las lágrimas y volví a mi vecindario pendiente de pedirle a cada gato que se me cruzó en el camino, que le dijera a Ágata que la extrañaba y que quería que volviera a casa.

Al llegar, les di las buenas noches a mis papás. Subí a mi habitación. Tomé un baño caliente y sin ninguna preocupación me fui a la cama. Cercano ya el amanecer, escuché que rasguñaban la ventana y me desperté. Sabía que era ella. Me levanté, le abrí y al verme lo primero que hizo fue lanzar un tierno maullido, el cual interpreté en mi corazón como: << ya volví >>, la abracé para calentarla pues temblaba del frío. Cerré la ventana y me la llevé a la cama. Confiando en que podían entenderme le dije:

-Por favor, Ágata. Sí te vuelves a ir, la próxima vez, no te vayas por tanto tiempo.